

República Democrática Congo La permanencia de los conflictos

Paul Martial

■ La guerra y la dictadura siguen siendo, lamentablemente, las dos palabras clave de la República Democrática del Congo (RDC). Las sucesivas crisis que atraviesa el país son el resultado de su violenta historia colonial, de una descolonización conflictiva, de retos geoestratégicos regionales con consecuencias nefastas y de una feroz competencia por la explotación de los recursos minerales y las tierras cultivables. En cuanto a las élites, o quienes se hacen pasar por tales, sus luchas políticas son despiadadas, ya que el acceso al poder es, ante todo, la posibilidad de acaparar las riquezas del Estado. Así lo ilustran los ejemplos del dictador Mobutu, que se apropió, al menos, de cuatro mil millones de dólares, y más recientemente las revelaciones del llamado *Congo hold-up*, donde millones de documentos y transacciones financieras muestran cómo el clan familiar del expresidente Joseph Kabila se ha apoderado de gran parte de las empresas vinculadas al sector público. Un comportamiento aún más escandaloso si se tiene en cuenta que casi el 73% de la población vive con menos de 2,15 dólares al día.

Intentar desentrañar las razones de esta nueva guerra en el Congo es también poner de relieve los males cuidadosamente ocultos del capitalismo en los países dominados.

El país de Leopoldo

Durante la colonización, el Congo vivió una situación singular, ya que, junto con Ruanda y Burundi, el país no formaba parte del imperio colonial de Bélgica, sino que fue posesión privada del rey Leopoldo II desde 1885 hasta

1908. Esta situación favoreció en gran medida la violencia contra la población, especialmente durante la recolección de lo que entonces se llamaba el oro rojo, el caucho, que con la expansión económica de Europa y Estados Unidos se convirtió en una materia prima fundamental, especial-

La sobreexplotación era tal que en cuarenta años el país perdió la mitad de su población

mente para la fabricación de neumáticos para vehículos, la incipiente industria aeronáutica y la confección de correas para diversas industrias.

Una parte del país quedó a merced de la voracidad de las empresas privadas, que tenían carta blanca para aumentar la producción. Se utilizaban los medios más crueles, como la amputación de las manos de los trabajadores y trabajadoras, pero también las de sus hijos e hijas, cuando no se alcanzaban

1. EL DESORDEN GLOBAL

los objetivos. La sobreexplotación era tal que en cuarenta años el país perdió la mitad de su población. Si en otros países colonizados se ofrecía una apariencia de apoyo social y educativo en paralelo, que justificaba el colonialismo como *la aportación de la civilización a los indígenas*, en el Estado independiente del Congo, su denominación oficial, el rey de Bélgica no se molestaba en disimularlo.

El escándalo internacional por el trato infligido a la población fue tal que Leopoldo II tuvo que ceder su reino a Bélgica, que lo administró alrededor de cincuenta años, hasta concederle su independencia el 30 de junio de 1960.

Independencia caótica

El discurso de Patrice Lumumba en respuesta al rey Balduino, quien, con tono condescendiente, declaró la independencia del Congo el 30 de junio de 1960, al tiempo que glorificaba la acción civilizadora de la colonización belga, es una escena que pasó a la historia. Lumumba declaró:

“Hemos conocido las ironías, los insultos, los golpes que teníamos que soportar a la mañana, tarde y noche por ser negros. ¿Quién olvidará que a un negro se le llamaba *tú*, no como a un amigo, sino porque el honorable *usted* estaba reservado solo para los blancos? Hemos conocido que en las ciudades había magníficas casas para los blancos y chozas destartaladas para los negros, que un negro no era admitido ni en los cines, ni en los restaurantes, ni en las tiendas llamadas europeas; que un negro viajaba en el casco de las barcas, a los pies del blanco en su camarote de lujo”.

Rápidamente, la independencia fue sabotada por los colonos, que proclamaron la independencia de las dos ricas regiones mineras de Katanga y Kasai del Sur. Las tropas de la ONU presentes en el lugar impidieron la recuperación militar de los territorios secesionados. Además, Lumumba tuvo dificultades para encontrar las competencias necesarias para hacer funcionar al menos la maquinaria administrativa, ya que el resultado de la misión civilizadora de Bélgica fue que solo unas pocas decenas de personas de una población de 15 millones tuvieran el título de bachillerato. Patrice Lumumba, buscando ayuda, se dirigió a Estados Unidos, pero en vano; y, por despecho, cuando se dispuso a recurrir a la URSS, la CIA, con la complicidad de los colonos, organizó su asesinato y colocó en su lugar a su adjunto de defensa, Mobutu, que gobernó el país durante más de treinta años. Básicamente, su longevidad en el poder se debe a su capacidad para convertir el país en un bastión del anticomunismo en África, cualidad especialmente apreciada por Occidente en la época de la Guerra Fría.

El punto de inflexión del genocidio en Ruanda

En abril de 1994, los extremistas hutus organizaron el genocidio de los tutsis. Durante tres meses, cerca de un millón de personas fueron asesinadas metódicamente ante la pasividad de la comunidad internacional. La llegada del

Frente Patriótico Ruandés (FPR), dirigido por Paul Kagamé, puso fin a este crimen. Los genocidas partieron en desbandada y, gracias a la operación Turquesa del Ejército francés, estos criminales fueron exfiltrados junto con gran parte de la población hutu hacia el país vecino, el Congo, que había adoptado un nuevo nombre: Zaire.

Muy rápidamente, los campos de personas desplazadas quedaron bajo el control del núcleo duro de los genocidas. Fundaron una organización llamada Fuerzas Democráticas para la Liberación de Ruanda (FDLR). Desde estos campos, llevaron a cabo incursiones en territorio ruandés, beneficiándose del

Al permitir que se organizara esta milicia armada, las autoridades francesas crearon una bomba de relojería

suministro de armas a la vista y con el conocimiento del Ejército francés. Al permitir que se organizara esta milicia armada, las autoridades francesas crearon una bomba de relojería contra la población congoleña. Poco a poco, las FDLR abandonaron cualquier intento de reconquistar el poder en Ruanda y se dedicaron a saquear

a los habitantes del sur y el norte de Kivu, al este del país, donde estaban presentes. Así, durante décadas, aterrorizaron a la población y cometieron numerosas atrocidades, entre ellas violaciones masivas.

La gran guerra africana

Con la caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989 y el fin de facto de la Guerra Fría, el poder de Mobutu periclitó: la existencia de este mariscal de opereta para las metrópolis imperialistas ya no tenía interés. Se creó una organización, la Alianza de Fuerzas Democráticas para la Liberación del Congo (AFDL), dirigida por Laurent Désiré Kabila (El Che Guevara, durante su incursión en el Congo en 1965, lo consideró más un contrabandista que revolucionario) y con un fuerte apoyo de Ruanda y Uganda. Ante un ejército zaireño en descomposición, la AFDL se hizo con el poder sin dificultad alguna. Este episodio se considera la primera guerra del Congo.

A partir de ahí, las primeras fricciones entre el nuevo amo de la ahora República Democrática del Congo y sus padrinos ruandeses y ugandeses desembocaron rápidamente en una segunda guerra extremadamente sangrienta. Estos dos países actuarán a través de una milicia, la Agrupación Congoleña para la Democracia (RCD), compuesta principalmente por tutsis congoleños. Laurent Désiré Kabila solicitó el apoyo militar de Zimbabue, Angola, Chad y Namibia. Por el número de países implicados y el número de muertos, la *gran guerra africana* también se conoce como *la primera guerra mundial africana*, en referencia a la de Europa en 1914.

Las rivalidades entre Uganda y Ruanda por la explotación de los recursos minerales y forestales, pero también por la actitud hacia las FDLR, provocaron una escisión en el RCD: una facción se denominó RCD Wamba di Wamba, en honor a su líder, apoyado por Uganda, y la del otro, RCD Goma, por el nom-

1. EL DESORDEN GLOBAL

bre de la ciudad de Kivu, feudo de los partidarios de Ruanda. Estos últimos se integraron en el Ejército de la República Democrática del Congo tras los acuerdos de paz de Pretoria en 2002. La rivalidad entre Uganda y Ruanda y las consecuencias de la integración de los milicianos en el Ejército son constantes que explican en parte la crisis actual en este país.

El M23 o el fénix que renace de sus cenizas

El M23, que actualmente libra la guerra en el este de la RDC y está obteniendo notables éxitos al tomar grandes ciudades regionales como Goma, Kitshanga y Bukavu, es una filiación directa del Congreso Nacional para la Defensa del Pueblo (CNDP), apoyado por Ruanda. Formado en su mayoría por tutsis congoleños, conservaron sus vínculos jerárquicos y rechazaron los destinos en otras regiones del país. Al margen del Ejército nacional, formaron el CNDP, liderado por Laurent Nkunda. Su objetivo declarado es la defensa de los tutsis congoleños y la lucha contra las FDLR, denunciando la complicidad del Ejército con esta milicia.

En 2006 lograron tomar la ciudad de Saké, a unos treinta kilómetros de la capital regional, la ciudad de Goma. Temiendo una nueva guerra regional, la Misión de Estabilización de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo (MONUSCO) se dotó de una brigada de intervención que permitió derrotar a los milicianos. Una vez más, las presiones internacionales sobre Ruanda lograron que este país dejara de apoyar a este grupo armado. A finales de 2013 se firmó un acuerdo de paz y la mayoría de los milicianos fueron desarmados y extraditados a Uganda.

Ocho años después, Ruanda no solo reactivó el M23, sino que lo equipó con material militar pesado, como artillería, y un sistema de defensa antiaérea especialmente eficaz contra los drones. El país de las mil colinas también le proporciona miles de soldados. Aunque en un principio Kigali niega esta ayuda, los distintos informes de expertos de la ONU y de las ONG internacionales aportan pruebas irrefutables del suministro de armas y hombres a esta milicia. Además de este importante material, la organización cuenta con una estructura política, la Alianza Río Congo (AFC), dirigida por Corneille Nangaa, antiguo presidente de la Comisión Electoral Nacional Independiente (CENI). En 2008, durante las elecciones presidenciales a una sola vuelta, proclamó ganador a Tshisekedi, que había quedado en segundo lugar, fruto de un acuerdo con Joseph Kabila, el antiguo presidente. La AFC intenta unificar las diferentes oposiciones armadas y políticas y tiene como objetivo derrocar al Gobierno.

La cuestión de la tierra

En las sucesivas crisis que ha vivido la RDC durante muchos años cabe destacar la recurrencia del tema tutsi, como corolario de la política colonial de Bélgica. De hecho, esta última, según las necesidades de su administración, modificó de manera burocrática el perímetro de las administraciones territoriales. Estas, además de la gestión cotidiana de los habitantes, tienen funciones de justicia de proximidad y de atribución de tierras.

Para paliar la falta de mano de obra en el Congo, los colonos belgas llevaron a cabo una política de emigración de poblaciones procedentes de Ruanda. Con este motivo, crearon de la nada una administración territorial confiada a los tutsis en el territorio de Buhunde, lo que generó una fuerte oposición entre la población. Hasta su disolución en 1957, esta administración concedió tierras a la población inmigrante ruandesa.

Justo después de la independencia de Ruanda en 1962, el Gobierno de Grégoire Kayibanda llevó a cabo una política de discriminación y violencia contra la población tutsi. Buena parte de ella emigró a los países vecinos. Esta ola de salidas, en parte de la población instruida, benefició al Congo, sobre todo en las diferentes administraciones, y favoreció el acceso a la tierra para los tutsis, después que Mobutu decretara la nacionalización de las tierras. Así, adquirieron vastas propiedades.

Estas posesiones estuvieron muy disputadas por otras comunidades, a veces de forma violenta. Así, en 1963 estalló la guerra de Kanyarwanda. En ella se enfrentaron las comunidades hunde y nande, que se consideran autóctonas, en oposición a los hutu y los tutsi. El problema se complicó con la superposición y, en ocasiones, la contradicción entre el derecho consuetudinario y la legislación, lo que dio lugar a sentencias aleatorias según la jurisdicción o incluso según los magistrados.

Para los tutsis congoleños, la perpetuación de la propiedad de sus tierras es una cuestión fundamental. De ella se encargan las diferentes milicias que se han creado a lo largo de los conflictos, y el M23/AFC no es una excepción.

A menudo, la prensa generalista explica que el conflicto está relacionado con la explotación minera. Si bien esta cuestión es importante, no determina por completo la política de las milicias tutsis. Prueba de ello es que solo dos años después de su ofensiva, el M23/AFC se apoderó de Rubaya, la mayor mina de coltán.

Los objetivos de Ruanda

Evidentemente, para las autoridades ruandesas la cuestión se plantea de otra manera. Ya antes de la guerra, Ruanda se beneficiaba de su proximidad geográfica con la región oriental de la RDC para acoger los flujos, a menudo ilegales, de minerales, en particular el coltán, esencial para la industria tecnológica. Con el conflicto y el control de los territorios por parte del M23/AFC, esta renta se acentuó hasta tal punto que la Unión Europea firmó con Kigali un protocolo de acuerdo para la comercialización de los productos de la extracción minera, sabiendo perfectamente que procedían del saqueo de los recursos de la RDC.

El hecho de que Ruanda sea un importante proveedor de estas tres materias primas, conocidas por sus siglas en inglés 3T (estaño, tungsteno y tantalio), le confiere una importancia en la escena internacional que intenta reforzar. Así, proporciona contingentes armados a las misiones de paz de las Naciones Unidas y envía directamente sus tropas para proteger las instalaciones de las multinacionales del gas y el petróleo en Mozambique. Esta política va

1. EL DESORDEN GLOBAL

acompañada de acciones de *soft power*, como las famosas carreras ciclistas internacionales, como el Tour de Ruanda, o los mensajes publicitarios que promueven el turismo, estampados en las camisetas de la selección francesa de fútbol.

A nivel regional, existe una competencia con Uganda. No es casualidad que el M23 se haya reactivado tras ocho años de letargo, justo cuando el presidente de la RDC, Félix Tshisekedi, ha firmado un acuerdo con Uganda para la construcción de infraestructuras viarias en dos ejes, Kasindi-Beni-Butembo y Bunagana-Goma, este último tramo contiguo a la frontera con Ruanda. Kagamé había pedido en vano a la presidencia congoleña que abandonara este proyecto, considerado una amenaza de marginación económica para su país.

Esta oposición entre Ruanda y Uganda no es nueva, como se vio anteriormente con la ruptura de la RDC durante la *gran guerra africana*.

Oficialmente, Ruanda considera que el conflicto que opone al M23/AFC con Kinshasa es un asunto interno de la RDC, aunque en ocasiones las autoridades ruandesas explican su apoyo a esta milicia con el fin de luchar contra el peligro que representarían las FDLR para la seguridad del país. Si bien estas últimas constituían una amenaza real tras el fin inmediato del genocidio en 1994, hace tiempo que ya no es así. Esta milicia solo cuenta con un millar de combatientes y la mayor parte de sus actividades se centran en el chantaje y la explotación de la población congoleña. En cambio, es cierto que existe un sentimiento más o menos difuso sobre el supuesto carácter congoleño de la comunidad tutsi, lo que supone una amenaza para estas poblaciones. La intervención del país de las mil colinas tendría como objetivo la protección de estas comunidades, pero hay que reconocer que, con esta intervención, Ruanda no ha hecho más que agravar el resentimiento contra la población tutsi. Un resentimiento alimentado por las declaraciones demagógicas de políticos del entorno de Tshisekedi, como el diputado y exministro Justin Bitakwa, que declaró: “Todo tutsi es un criminal nato, tiene el mismo creador que el diablo”, o la del actual ministro de Justicia, Constant Mutamba, que pidió una caza de ruandófonos.

Aunque minoritarias, en Ruanda hay voces que impugnan las fronteras actuales y defienden la idea de que la región oriental de la RDC forma parte del País de las Mil Colinas, en referencia a las conquistas del rey ruandés Rwabugiri en el siglo XIX, que se habrían extendido a los actuales territorios de Rutshuru, Masisi y Walikale. Este argumento ha sido ampliamente refutado por la mayoría de las y los historiadores, ya que estas conquistas se reducen a la toma de algunas circunscripciones adscritas a Ruanda, como las de Jomba y Bwisha. Estas alegaciones solo sirven para alimentar un discurso nacionalista. En cualquier caso, el control de parte de los territorios de la región de Kivu permite a Ruanda adquirir una profundidad estratégica. Esta guerra tiene al menos una ventaja para Paul Kagamé: justificar su dictadura. Tras treinta años en el poder, las últimas elecciones de 2024 le dieron un resultado del 99,18%.

La ineficacia del Gobierno

Lo más destacable es la facilidad con la que las tropas del M23/AFC han avanzado y tomado el control de partes importantes del territorio de la región de Kivu, en particular las dos capitales regionales, Goma y Bukavu.

Esta situación refleja el estado catastrófico de las Fuerzas Armadas de la RDC (FARDC), minadas por la corrupción y la negligencia. Este Ejército es como una especie de milhojas, fruto de la integración de numerosas milicias a lo largo del tiempo y de los acuerdos de paz, que han conservado, aunque de manera informal, su propio mando jerárquico. En cuanto a los oficiales superiores, no dudan en desviar los fondos destinados al pago de las tropas, al abastecimiento de armas, municiones, energía y alimentos.

La presidencia de la RDC es muy consciente de esta situación y ha intentado sortear el problema de dos maneras. A nivel interno, las autoridades congoleñas han movilizado a las milicias que pululan en la región otorgándoles cierta

Esta política da carta blanca a los múltiples señores de la guerra que aterrorizan a la población

legalidad. Luchan bajo el nombre de Wazalendo, que significa *patriotas* en swahili. Esta política da carta blanca a los múltiples señores de la guerra que aterrorizan a la población y son culpables, al igual que los milicianos del M23/AFC, de las peores atrocidades, en particular contra las mujeres.

Esta política solo ha servido para ralentizar el avance de la milicia apoyada por Ruanda. Tanto más cuanto que algunos Wazalendo están empezando a pasarse con armas y bagajes al bando del M23/AFC, aunque por el momento se trata de un fenómeno marginal.

En el ámbito exterior, Tshisekedi ha recurrido a los Ejércitos de diferentes países con la esperanza de repetir la experiencia de la segunda guerra del Congo. Así, sucesivamente, el ejército keniano intervino evitando enfrentarse a la coalición M23/AFC y al ejército ruandés. Luego fue el turno de Sudáfrica, que tampoco fue capaz de frenar el avance de la rebelión a pesar del despliegue de 2900 hombres, al igual que los mercenarios de la empresa Agemira, dirigida por un antiguo gendarme francés, o de la empresa rumana Asociatia RALF.

El presidente congoleño, a pesar de haber jurado no tratar nunca con quienes considera auxiliares de Ruanda, no tiene más remedio que negociar directamente con el M23/AFC. Parece que la mediación de Qatar ha sido decisiva, marginando los esfuerzos diplomáticos de las instancias regionales africanas de África Central y Austral. Recientemente, la Unión Africana envió a su emisario, el dictador togolés Faure Gnassingbé, con el fin de rechazar las orientaciones surgidas de las conversaciones de Doha. Ahora, la prensa habla de avances hacia la paz.

Sin embargo, el M23/AFC tiene la intención de instalarse en los territorios conquistados. Ha establecido una administración y ha adoptado leyes como los trabajos comunitarios de los sábados, llamados *Salongo*. También ha sustituido a los jefes tradicionales, algunos de los cuales han sido incluso ejecutados.

1. EL DESORDEN GLOBAL

Si hay un punto en común entre la política del M23/AFC y la de las autoridades congoleñas es la persecución de las organizaciones ciudadanas. Así, Lucha, una ONG militante, ha sufrido sucesivamente la represión del Gobierno, en particular durante la instauración de la ley marcial, y luego la de la rebelión.

Una nueva página política

Se abre una nueva situación política. El presidente congoleño se encuentra debilitado, él que durante la última campaña electoral presidencial había hecho de la defensa de la integridad territorial y la soberanía del país el eje principal de su programa. Esta debilidad se traduce, en particular, en la negativa de la oposición a responder a su invitación para formar un gobierno de unión nacional. Sus intentos de modificar la Constitución con el objetivo oculto de aspirar a un tercer mandato se ven actualmente muy comprometidos.

Paralelamente, Corneille Nangaa y su organización, la AFC, se convierten en un actor importante. Han sabido federar a parte de las milicias, como, por supuesto, los Twiraneho en Kivu del Sur, un grupo de autodefensa de los banyamulenge, los tutsis, que están en la RDC desde mucho antes del periodo colonial, pero también la Coalición de Patriotas Resistentes Congoleños (PARECO), presente en Kivu del Norte, las Fuerzas de Resistencia Patriótica de Ituri (FRPI), cuyos antiguos líderes han sido condenados por la Corte Penal Internacional por crímenes contra la humanidad, y muchos otros de menor importancia. Ha reclutado a personalidades políticas como el antiguo portavoz del movimiento de liberación del Congo de Jean-Pierre Bemba, actual vicepresidente, o Adam Chalwe, antiguo líder del Partido del Pueblo para la Reconstrucción y la Democracia (PPRD) del antiguo presidente Joseph Kabila. Este último, por cierto, está ahora en el punto de mira de las autoridades congoleñas. Está acusado de ser cómplice de la rebelión, por lo que se le han embargado todos sus bienes. También se ha encarcelado sin juicio alguno a miembros de la dirección del PPRD.

Félix Tshisekedi intenta sacar partido de la nueva Administración estadounidense proponiendo un acuerdo consistente en la protección de la RDC por parte de EEUU contra la explotación de los minerales. La Casa Blanca, a través de Massad Boulos, asesor para África de Donald Trump, se ha mostrado interesada en esta propuesta y se están manteniendo conversaciones. Al mismo tiempo, se observa una condena mucho más firme por parte de Washington de las acciones militares de Ruanda en la RDC.

Una situación humanitaria catastrófica

Desde hace décadas, con sucesivas guerras, la violencia no ha dejado de azotar a la población. Los culpables son tanto los miembros de las Fuerzas Armadas del Congo como las milicias que, a pesar de su pomposo nombre, saquean, violan y matan. Los últimos ejemplos ilustran el desprecio hacia la población civil, ya sea por parte de los combatientes de la coalición M23/AFC y Ruanda, que no dudaron en bombardear con artillería pesada los campos de la población desplazada en los alrededores de la ciudad de Saké el 3 de

mayo de 2024, o por los saqueos perpetrados por los Wazalendo en Goma justo antes de la llegada de la rebelión. Durante la toma de Goma, las nuevas autoridades dieron 48 horas a las y los refugiados para que abandonaran la ciudad y regresaran a sus aldeas totalmente destruidas, sin víveres y sin ninguna garantía de seguridad durante el viaje. Durante las negociaciones entre Kinshasa y los rebeldes, estos últimos abandonaron la ciudad de Walikale y los milicianos se dedicaron a robar y agredir a los habitantes de las aldeas situadas a lo largo de su retirada. Los jóvenes son reclutados a la fuerza y los cuerpos de las mujeres y las niñas se convierten en campos de batalla. Como explica el doctor Mady Biaye, especialista del Fondo de Población de las Naciones Unidas: “Es una forma, por ejemplo, de dominar o destruir el tejido familiar y la comunidad para recuperar tierras”.

La responsabilidad compartida de los potentados locales y los dirigentes de los países ricos es evidente

Naciones Unidas estima que cada cuatro minutos se viola a una mujer. En 2023, el número ascendía a 123 000 y en 2024 aumentó hasta alcanzar los 130 000, y eso solo en los casos denunciados. La realidad es mucho peor.

La responsabilidad compartida de los potentados locales y los dirigentes de los países ricos es evidente e ilustra la cara oscura de un capitalismo ávido de minerales para sus industrias de alta tecnología.

27/04/2025

Paul Martial es corresponsal de *International Viewpoint*. Es editor de *Afriques en Lutte* y miembro de la Cuarta Internacional en Francia.